

Introducción

Cuando en enero de 1981 llegó a su fin la jecunda carrera docente de don Santiago Montero Díaz, inmediatamente comenzó a rondar la idea, entre los que entonces realizábamos nuestra actividad en el Departamento de Historia Antigua, de preparar un homenaje al que había sido maestro de todos nosotros y que ahora, por esos imperativos burocráticos nunca bien comprendidos, se veía en la obligación de dejarnos. A pesar de los buenos deseos que todos manifestábamos, el proyecto no pudo de momento llevarse a efecto, pero seguía vivo. Para no demorar más esta espera, ya demasiado larga, y deseando hacer de alguna manera público nuestro homenaje al profesor Montero Díaz, el Departamento unánimemente acordó en 1983 dedicarle la revista GERION, que entonces comenzaba su andadura, como muestra de reconocimiento a quien había sido su fundador y primer director. Pero a todas luces esto resultaba insuficiente, de manera que la idea inicial resurgió con nueva fuerza decidida a verse cumplida. Cuando ya se habían solicitado las contribuciones científicas que conformarían este volumen, don Santiago nos dejó para siempre víctima de una penosa enfermedad. Desgraciadamente ya no podrá ver realizado este homenaje tantas veces prometido, pero aun así vayan dedicadas a su memoria estas modestas aportaciones de aquéllos que de una manera u otra sienten todavía vivas sus enseñanzas.

Había nacido don Santiago Montero en la ciudad gallega de El Ferrol —para él nunca del Caudillo— el 21 de enero de 1911. En 1929 se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de Santiago de Compostela, y dos años más tarde ingresó por oposición en el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, alternando esta labor con la de profesor auxiliar en la misma Universidad compostelana. En 1933 acude, como tantos otros, para ampliar estudios a las universidades alemanas, trabajando en Berlín en los seminarios de los profesores Gamillscheg y Caspar. Una vez doctorado en Madrid en 1934, dos años después

ocupa la cátedra de Historia Universal de la Edad Media en la Universidad de Murcia, de cuya Facultad de Filosofía y Letras fue decano en 1939, y tras una breve estancia administrativa en la Universidad de Barcelona, pasa definitivamente por oposición libre a desempeñar la cátedra de Historia Universal Antigua y Media de la Universidad de Madrid en 1941, plaza que ocupó hasta su jubilación cuarenta años más tarde.

El profesor Montero fue uno de los primeros catedráticos de Historia Antigua que hubo en España, protagonista de aquellos momentos azarosos en que los estudios sobre la antigüedad intentaban obtener un reconocimiento oficial en las facultades de Letras, al margen de otras disciplinas con las cuales había convivido. Pero esta primacía no le corresponde sólo por el título administrativo de la plaza que ocupaba, finalmente desvinculada de la historia medieval, sino sobre todo por el carácter que imprimió a sus enseñanzas. Hombre de cultura universal —como se denota en sus publicaciones—, con grandes inquietudes humanísticas, estaba completamente abierto a todas las tendencias posibles y por ello supo comprender la antigüedad en toda su amplitud, contemplándola desde cualquier perspectiva posible. A través de su fácil y atrayente palabra, los estudiantes que asistíamos a sus clases pudimos descubrir un mundo totalmente nuevo, comprobar que el estudio de la historia antigua no se detenía en el análisis más o menos extenso de los datos que aparecían comprimidos en los mejores manuales, sino que iba mucho más lejos. Como todos los grandes maestros, don Santiago Montero hablaba de la filosofía, de la ciencia, de la religión, de la literatura, poniendo todo ello en relación con el hecho político, económico y social, con lo cual enriquecía notablemente su contenido y abría nuevos caminos de discusión, sin olvidar nunca la proyección sobre el presente.

Le tocó vivir al profesor Montero una época difícil de la historia de España, pero ello no afectó negativamente a su trayectoria profesional y humana; al contrario, le animó a perseverar y a dar un mayor sentido a sus actos. Vinculado muy joven a la vida política española, sus inquietudes le obligaron a ir de un extremo a otro, pero al final fue perseguido por unos y por otros; su búsqueda incesante de la verdad, su constante deseo de libertad le acarrearón en última instancia la enemistad de todos aquéllos que arrogantemente creían poseer el talismán de ambas cosas. En unos momentos en los que mantener una postura digna e independiente era algo sumamente difícil, el profesor Montero nunca tuvo que retractarse de sus palabras o acciones, y si en 1943 fue confinado en Almagro por orden gubernativa, en 1965 no dudó en salir a la calle y ponerse al frente de esa Universidad que exigía libertad de pensamiento, lo que de nuevo le costó la separación de la cátedra, esta vez por dos años. Su seminario fue siempre un lugar donde se respiraba un aire distinto, en el que se fomentaba la polémica y la discusión de los más variados temas científicos, pero siempre bajo el amparo de la más completa libertad ideológica.

No era don Santiago un profesor distante e inaccesible para sus alumnos: la tarima del aula era para él más un mueble inútil que no un símbolo de superioridad. Todos los que tuvimos la suerte de tratarle, conocíamos su conversación amena e inteligente, siempre baja de tono y cargada de ironía. Partiendo del

respeto que como personas todos merecen, don Santiago aceptaba y propiciaba el trato con sus alumnos, procurando ayudarles en lo posible dentro y fuera de las aulas. Su dedicación a los alumnos queda plasmada en los cientos de tesis doctorales que dirigió y en las incontables memorias de licenciatura, así como en las innumerables ocasiones en que el estudiante se convirtió en amigo. Por sus clases pasaron muchas generaciones de estudiantes y cada una de ellas, en mayor o menor medida, supieron conservar el recuerdo del maestro que quiso hacerles partícipes de sus conocimientos y transmitirles su propia humanidad.

Para rendir este merecido homenaje, hemos reunido las contribuciones de algunos universitarios que conocimos a don Santiago. Sabemos que hay muchos más que también hubieran deseado participar. No ha sido posible. Pero por todos en conjunto, sirva este volumen en reconocimiento a su saber y dedicación.

J. M.^a BLÁZQUEZ
J. MARTÍNEZ-PINNA

